CARLOS A. DISANDRO

ROMANIDAD y ROMANICIDAD: CUESTIÓN CONTROVERTIDA

(publicado en ROMÁNICA Nº 9, revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, La Plata (Argentina) 1980, pp. 5-27)

Vista lateral del Ara Pacis augustea

1

Intento precisar los contornos de una problemática que en términos escuetos podría formularse así: la filiación histórico-lingüística de las lenguas romances, perseguida pacientemente desde comienzos del siglo XIX, ¿fundamenta una articulación correspondiente entre aquellos dos ámbitos histórico-culturales; o bien las que fueron reliquias de los romanos —según expresión de Lope de Vega— comportan una trama lingüística, cuya carga histórica ha cambiado de modo absoluto, y esto nos permite precisamente concebir la unidad románica de modo contrapuesto al latín? Y en ese caso ¿son las lenguas romances testimonios vigentes de un parentesco lingüístico con el latín, o son más bien pruebas de un fenómeno de extinción, trasbordo y reasunción lingüística y constituyen por lo mismo signos de una innovación más profunda que el parentesco en el campo fenoménico?

En primer lugar, precisemos algunos detalles en la relación semántica romanidad-romanicidad, lo que podría conllevar curiosamente no sólo una disyunción histórica, sino una profunda mutación significativa, que da por extinguido el parentesco. Quizá fuera necesario, en ciertos registros descriptivos y críticos, hablar de *latinidad* y romanicidad, lo que indicaría la inclusión-disyunción del sistema y mantendría una nomenclatura más concreta. En efecto, en la tesitura de las ciencias filológicas, lingüísticas o literarias hablamos de lengua latina [1], literatura latina, filología latina, y no solemos condividir esas expresiones con el epíteto *romana*. No hablamos de "lengua romana", y para ceñirlo todo en un solo motivo de comprobación poseemos desde los orígenes de la ciencia del lenguaje la obra de Varrón titulada *de lingua latina* [2]. Es verdad. Convertiríamos entonces la primera formulación en *latinidad-romanicidad,* lo que modula ciertos matices en la confrontación histórica.

[1] Destaco aquí, sin embargo, la perspectiva de GIACOMO DEVOTO, *Storia delta lingua di Roma* 2, Ed. Bologna, Capelli 1944 (Vol. XXIII. Storia di Roma), y en particular pp. 371-381, subrayadas por el propio autor en su advertencia. Sin embargo la filosofía del lenguaje en Devoto restringe con la noción de *strumento* la profundidad develadora del latín. En qué medida Devoto mantiene la distinción sugerida en estas páginas, no resulta claro, pues el lingüista usa indiferentemente *lingua di Roma* (o sea *romana lingua)* y *lingua latina.* Cf. nota 3.

[2] Ed. Roland G. Kent (2 vols.), London, Heininmann 1958. En lo que atañe a Varrón sería conveniente no olvidar el viejo libro de GASTON BOISSIER, *Étude sur la vie et les ouvrages de M. T. Varron.* París, Hachette 1861, en particular chap. V: *Varron Grammairien,* pp. 127-165. Cf. G. DEVOTO, op. cit., cap. V: *L'etá di Cicerone,* pp. 145-181.

Sin embargo la expresión *lingua romana* es en los antiguos tan importante y frecuente como *lingua latina*, e incluso en el caso del mismo Varrón, el reatino parece anticipar una diestra referencia conceptual que nos sirve de punto de apoyo [3]. Por otra parte es verdad que debemos postular una tradición de *lingua latina*, pero no es menos cierto que en su historia concreta la tensión dialectal o la tensión urbano-campesina halla en Roma, probablemente, el modelo lingüístico operativo por excelencia. Así entendemos entre muchos otros el giro ciceroniano *more romano* [4].

Ahora bien, es Varrón justamente quien reabre los términos exactos en estos horizontes conceptuales en su noción de *latinitas*, cuando forja la siguiente sentencia: *latinitas est incorrupte loquendi observatio secundum Romanam línguam* [5]. La *lingua romana* adquiere así una categoría de norma respecto del pasado, en cuanto fase unificadora frente a otros dialectos, respecto de la expansión del latín fuera de su territorio ancestral, respecto del futuro, como norma histórico-pedagógica, diríamos [6]. La expresión *lingua romana* comporta los caracteres específicamente "espirituales" que aunque ligados a un contexto histórico preciso e inconfundible, tienen la virtud de constituirlo como la íntima interacción de ingredientes dispares y complejos. La unidad semántica de ese espíritu es *lingua romana*, y el sistema lingüístico que la conlleva como la lumbre del sentido es *latinitas* [7].

Finalmente no resulta claro si se puede hablar de un "hombre latino" en términos de una *Geistesgeschichte* [8]. Pues Collart presenta el sesgo filológico de Varrón por contraposición al modelo griego y sus dialectos, y en esa suposición *latinitas* aparece como una singularidad lingüística (según Collart),

---

[3] Sobre el problema *lingua romana-lingua latina,* cf. H. F. MULLER, *On the use of the expression* lingua romana *from the first to the ninth century,* en *ZRPh.* 43, 1923, pp. 9-19. Parte Muller de una revisión del criterio expuesto por Du Cange, en su conocido diccionario, y recoge en consecuencia abundantes testimonios de una continuidad en el significado de la expresión *lingua romana* hasta el siglo IX. He aquí la conclusión de Muller: *It would be easy to multiply such examples. Enough, we think, has been said to justify the above statement, viz. that the* lingua romana *was not, as Du Cange asserted, and with him philologists in general, a name given to the language of the people of Romania when it began to differ from Latin; is was but the most popular name for Latin; it remained attached to the language through its evolution as a child's name adheres to the centurian, and it was not realized that it was different from Latin until Carolingian Renaissance towards the end of the VIII century* (p. 19).

[4] *Ep. ad Fam.* (Caesari), del año 54 a. C. Ed. Purser, Vol. I. Ed. Constans, vol. III, pp. 57-58, cf. Notice, p. 37. Dice el párrafo completo: *Hunc, mi Caesar, sic velim omni tua comitate complectare, ut omnia, quae per me possis adduci ut in meos conferre velis, in unum hunc conferas. De quo tibi homine haec spondeo non illo vetere verbo meo, quod cum ad te de Milone scripsissem, iure lusisti, sed more romano, quo modo homines non inepti loquuntur, probiorem hominem, meliorem virum, pudentiorem esse neminem.* A qué término o expresión alude Cicerón, de la que se habría burlado César, no resulta claro: Tyrrell supone *frugi* o *bonae frugi,* giro de carácter convencional y tal vez rústico; y en qué se contrapone *more romano* tampoco sabemos. La diferencia pareciera estar en el uso de *probiorem-pudentiorem,* término este último de un fuerte valor espiritual, confrontado con el que sugiere Tyrrell. Cf. la ed. de Glynn Williams, London, Heinimann 1953, vol. II, pp. 24-25. La traducción *that there exists no more upright personality, no better or more unassuming man,* no parece interpretar el matiz del texto. Constans por su parte traduce: *pour la probité, le coeur, le sentiment du devoir,* p. 59. Traduciría en cambio: no hay persona de mayor probidad, ni varón más digno, en fin ni nadie que pueda ser más respetuoso.

[5] Cf. DIOMEDES, *Art. Gramm.* Lib. II, apud *Keil, Grammatici Latini,* vol. I, p. 439, Hildesheim, Georg Olm 1961. Y sobre este punto la exposición de JEAN COLLART, *Analogie et Anomalie,* en *Entrétiens sur l'antiquité classique,* Tome IX, *Varron,* Genéve 1963, pp. 119-132. Collart cita *in extenso* el pasaje de Diomedes (p. 126) y da su traducción, aunque su problemática es absolutamente diferente. Sin embargo, de lo que podríamos considerar conclusiones, conviene citar pp. 130- 131: *En s'inspirant de sources grecques, en transposant la querelle avec docilité dans le domaine latin, en l'appuyant sur des exemples latins, les philologues romames, et singulierement Varron, aboutissaient á une impasse. Les conditions étaient tout á fait différentes: les dialectes régionaux s'étaient effacés devant le latin, sans avair produit d'oeuvre littéraire. Le latin de Rome était la langue unitaire et non manquait de recul pour envisager un long passé* (...) *Varron s'en aperrçoit et, par opposition au probléme de l'* hellenismós *et á la forme qu'il a prise, il donne au probléme de l'*latinitas *une forme qui convient á la langue latin. Il envisage la formation du latin, langue unique, sous l'aspect d'une évolution progressive et d'un renouvellement interne. Par lá Varron, me semble-t-il, cherche á etablir que Rome, dans ce domaine philologique, ne saurait être tributaire des doctrines grecques.*

[6] No cambia para nada nuestra perspectiva la duda sobre la atribución del frag. dentro del *corpus* varroniano. En la discusión pertinente, que completa la exposición de Collart (*op. cit.,* pp. 133 y ss.) se alude de paso a la cuestión. Muller admite la ubicación del frag. en el *de lingua latina;* Collart prefiere el tratado *de grammatica,* y Schroter, p. 135, el tratado *de sermone latino,* lo que parece más congruente. Sin embargo lo decisivo y realmente importante es la noción misma de *latinitas* y el paradigma varroniano de *lingua romana.* Tales nociones parecen corresponder a ciertas preocupaciones vigentes en el círculo de Cicerón, o por lo menos a la relación entre los dos escritores, y al examen y discusión de algunos problemas lingüísticos, planteados en ese círculo. No se olvide que el *de lingua latina* está dedicado a Cicerón. Cf. Cic. *Ad C. Herennium,* Lib. IV. 12.17, Ed. H. Bornecque, París, Garnier 1932, p. 180. *Quoniam quibus in generis elocutio versari debeat, dictum est, videamus nunc quas res debeat habere elocutio commoda et perfecta. Quae maxime ad modum oratori acommodata est, tres res in se debet habere: elegantiam, compositionem, dignitatem. Elegantia est, quae tacit ut locus unus quisque pure et aperte dicitur. Haec tribuitur in latinitatem, explanationem. Latinitas est, quae sermonem purum conservat ab omni vitio remotum* (...). Y es interesante en este respecto el testimonio del historiador Velleius Paterculus: *In omnibus autem Pannoniis, non disciplinae tantummodo, sed linguae quoque notitia Romanae, plerisque etiam litterarum usus et familiaris animorum erat exercitatio,* II. 110.5. Se refiere el historiador a sucesos acontecidos en la guerra contra los bárbaros en el período de Tiberio. Ed. Hainsselim-Watelet, París, Garnier 1932, p. 230.

[7] Collart traduce: *La latinité, c'est l'observance du parler correct dans le cadre de la langue latine* (sic), p. 125. Pienso se trata de un error involuntario, por *romaine.* Traduzco en cambio: *Latinidad es recurso de una correcta expresión de acuerdo con la lengua de Roma.*

[8] Cf. HANS-JOACHIM SCHOEPS, *Was ist und was will die Geistesgeschichte, Ueber Theorie und Praxis der Zeitgeistforschung.* Musterschmidt-Verlag, Göttingen 1959, y las pertinentes reflexiones histórico-metodológicas, importantes también para las ciencias filológico-lingüísticas, aunque el autor no lo considere dentro de su esquema conceptual. Para la *Geistesgeschichte* en el sentido inducido y propuesto por Schoeps no hay *homo latinus,* habría en cambio *homo romanus.* En todo caso, como *quaestio disputata,* reabre las *perspectivas* que aquí intentamos dilucidar.

que previene sobre las consecuencias de tal condición histórica para la formulación de una *ciencia* gramatical empírico-inductiva, y que al mismo tiempo advierte ciertos rasgos conceptuales diferentes. Pero Varrón distingue sin duda el sistema —*latinitas*— de la fuente semántico-lingüística e histórico-espiritual, *secundum Romanam linguam*.

En sustancia, *latinitas* es el género lingüístico enfrentado al mismo tiempo al panorama dialectal itálico y al horizonte griego, en cuanto en éste la perduración de dialectos propone otros requisitos de la ciencia gramatical. Pero al mismo tiempo sería la coincidencia normativa entre sistema lingüístico y expresión histórica, ligada a un principio fundante que Varrón llama *lingua romana*. Es la *lingua romana* precisamente la que perime en la expansión y fragmentación del latín —por causas que se exhiben según diversas coyunturas críticas— mientras que el género *latinitas* promueve una especificidad de segundo grado diríamos, que es a su vez el principio fundante de la *lingua romanica*, de la romanicidad histórico-espiritual. La especificidad lingüística del *homo romanicus* define un territorio cuyo corte con la romanidad implica la muerte de la *lingua romana*, advenida en la historia lingüística del indoeuropeo como un fenómeno de fuerte confrontación, difícil de precisar pese a todas las investigaciones, teorías y reinterpretaciones. En ese horizonte incógnito, de una *latinitas* incoativa y lejana en el pasado itálico, se recela la más profunda diferencia con la historia de la lengua griega, y de esa diferencia (que no atañe precisamente al sistema ni a los contrafuertes examinados por Varrón y sus ilustres intérpretes contemporáneos) proceden sin duda otras no menos misteriosas en la historia del latín y de Roma: la ausencia o perención del dato o contexto mythico, la ausencia o perención de un troquel métrico que lo contenga y explaye, etc. Tales trasfondos se prolongan desde luego en la historia de la lengua de Roma [9], es decir en la sustancia espiritual del "hombre romano", y se extinguen con la muerte de la *lingua romana*. ¿Qué relación podría haber entonces entre ésta y la sustancia espiritual del "hombre románico"? En la inserción específica dentro del género *latinitas*, perduran, trasiegan o mueren los centros significantes de la "romanidad", y lo que entendemos por "romanicidad" es no sólo absolutamente diferente de aquélla sino un contexto nuevo, un nuevo *Zeitgeist* que explora de otro modo el viviente vínculo hombre-mundo. ¿Qué sentido tiene entonces el parentesco?

Finalmente no es solución clarificadora la interposición de lo que llamamos "latín vulgar" o lengua vulgar como una suerte de intermediario entre la *lingua romana* y la historia de las lenguas romances [10]. Sería irrelevante e insólito negar la existencia de esa categoría, *latín vulgar*; pero su postulación multívoca posterga otras inferencias categóricas respecto de un curso lingüístico que debemos interpretar o como *katábasis* histórica, o como reasunción de un principio de interacción (hombre-mundo), cuyos resortes, estímulos o develaciones comportan una novedad histórica. El primer caso —la *katábasis* histórica— implica el desentrañamiento y perención del género y la especie (*latinitas* + *lingua romana*) y en ese contexto el esquema del "latín vulgar" nos clarifica la periferia o la corteza, pero no el fenómeno profundo. En el segundo caso —reasunción innovada e innovante— la muerte de la especie (*lingua romana*) produce en el género lingüístico un retorno a sus tensiones dialectales de ancestros ya perimidos, y reubica la historia de las lenguas romances en otra perspectiva. No tengo motivos fundados, de caracteres apodícticos, para preferir una u otra interpretación, que sirven simplemente, en la ocasión de este resumen crítico, para repartir los capítulos de una cuestión compleja. Podría resultar probable además que dadas las penumbras inherentes a todo conocimiento histórico —conocimiento acerca del *Zeitgeist*— debamos alternar hipótesis y datos contrastantes, en el marco de un despliegue que la *Geistesgeschichte* enfrenta como totalidad inescindible, siguiendo el rumbo de las confrontaciones lingüísticas. Pero si atendemos al complejo itinerario indoeuropeo, latín, *lingua romana*, lengua vulgar, lenguas romances, castellano, tal vez tendríamos que inclinarnos por aceptar la noción de *katábasis* histórica, por la que la lengua cesa de ser revelación de los dioses y del mundo, cesa de ser develación del hombre, y por ende cesa de ser corporeidad histórica intermedia del *logos* o *sensus* o *Sinn* mundano, intramun-

[9] Cf. HELLFRIED DAHLMANN, *Zu Varros Literaturforschung, besonders in* "de poetis", en *Entrétiens,* Tome IX, pp. 3-5, sobre el significado de Varrón y Cicerón para el período augusteo y por ende para la consolidación de la *lingua di Roma,* como dice Devoto. Éste traza en su Appendice I, *I compiti di una storia della lingua di Roma: differenze dalla grammatica storica* (p. 380), resumen que me parece fundamental y digno de tenerse en cuenta permanentemente.

[10] Basta leer los *Preliminares* de C. M. GRANDGENT, *Introducción al latín vulgar,* trad. castellana, Madrid 1928, pp. 17-24, para advertir un horizonte que plantea los mismos interrogantes que el resumen crítico de Meyer-Lübke. Cf. nota 12.

dano, transmundano, para trocarse en sistema de signos correlativos, en sistema cerrado que se autodestruye en la clausura constitutiva de su ritmo histórico [11]. En ese supuesto, las lenguas romances serían un capítulo fundamental de la *katábasis*; la tensión romanidad-romanicidad, una energía latente primero, explosiva después, finalmente devastadora y reordenadora del territorio del hombre, energía que debemos intuir por encima de los fragmentos descriptivos de una lingüística histórica. Y aquí la reconstrucción diacrónica o sincrónica es siempre un instrumento de reinterpretación global, nunca un horizonte conclusivo ni excluyente; las postulaciones más o menos atendibles y sus inferencias recapitulatorias, una discriminación previa para otros pasos más entrañados en las misteriosas penumbras del latín; las precisiones en los tramos del fenómeno, un intento de construir el acceso a los penetrales del sentido lingüístico, que inhabita el mundo no por adición cuantitativa de fenómenos controlables por la investigación, sino por coherencia constitutiva del mundo; anterior al hombre y del cual el hombre es el proto-fenómeno absoluto. La velación de este proto-fenómeno se haría ostensible en la *katábasis* del latín.

2

En esta primera curva he seguido un ritmo de conceptualización generalizadora, cuyos riesgos no se me escapan. En ese ritmo empero pretendo, al mismo tiempo, rescatar un saber empírico, fundamento de una ciencia como la de Varrón y sus sucesores, y reabrir una problemática, nunca agotada por la serie fenoménica en trance de trasiego según hipótesis discutibles o modificables. Si aceptamos, aunque sea provisoriamente, el giro trazado, obtendríamos las siguientes constancias orientadoras capaz de ilustrarnos sobre la tensión romanidad-romanicidad:

1) La noción de *latinitas*, de carácter genérico, de cuya cualidad constitutiva lingüística dependen, al mismo tiempo, la remoción de otros dialectos del territorio latino-itálico y la reaparición de las tensiones dialectales en el latín post-clásico, post-imperial, o como quiera decirse.
2) La categoría "latín vulgar" sólo puede indicarnos el tiempo y dirección del trasiego, pero no la causa en el sistema; y aunque fijara, con precisión fenomenológica, lo que es sólo un *desideratum*, las relaciones espacio-temporales, culturales, etc., en esa historia, la hipótesis misma de "latín vulgar" no accedería a la entraña del problema.
3) La lengua romana es la categoría espiritual del hombre romano cuyo proto-fenómeno remonta a la determinación del *sensus* latino en el cuerpo más vasto del indoeuropeo.
4) La lengua romana muere como proto-fenómeno, como norma irradiante y viviente, y en un espacio dado, en un tiempo concreto, en una tramada relación histórica no funciona ya la norma de Varrón: *latinitas est incorrupte loquendi observatio secundum Romanam linguam.*
5) Adviene, con una sincronía orgánica, la romanicidad y se despliegan las lenguas romances, que nosotros postulamos como dato o fenómeno específico en el género *latinitas*. Pero, ¿qué es lo que lo hace específico, a tal punto que no lo puedo controlar *secundum Romanam linguam?* ¿Puedo obtener esa especificidad por la serie fenoménica de tipo biológico que dispone la investigación lingüística, de tal modo que colocados los tramos, escalas y referencias pertinentes, como en un discrimen de ciencia natural, puedo inteligir la creatura resultante, su especificidad inconfundible y contrastante?
6) Finalmente, ¿puedo hablar de un *homo romanicus* y de una *lingua romanica,* de los que como proto-fenómeno fundante derivan efectos que se tornan en causas reordenadoras, abolicionistas, innovadoras, desde donde pueda inteligir el territorio de España, Francia, Italia, es decir, la Romanía como supuesta unidad lingüística que pende de aquel proto-fenómeno?

Retornemos otra vez a un motivo de ciencia empírica, recuperable en un Varrón moderno: me refiero a Meyer-Lübke y a su conocida e ilustre *Einführung* [12]. He aquí lo que dice Meyer-Lübke (páginas 32-33)

[11] Cf. el volumen *Vom Wesen der Sprache,* Francke Verlag, Bern 1967. Zyklus kulturhistorischer Vorlesungen der Universität Bern, gehalten im Winter Semester 1965/66. Destaco el texto de FERNAND BRUNNER, *Le langage et l'homme,* pp. 9-24; y el de WALTER FREI, *Die Sprache vor dem Unsagbaren Gottes,* pp. 107-118, y sus sutiles interpretaciones sobre los ciclos históricos del oído.

[12] W. MEYER-LÜBKE, *Einführung in das Studium der romanischen Sprachwissenschaft,* 3. Auflage, Winter, Heidelberg 1920. Cf. la reseña de W. VON

sobre el vínculo latín-romance:

> Bajo el nombre de *lenguas románicas* se comprenden aquellas lenguas que, derivadas del latín, conservan plenamente su huella en el vocabulario, en la sintaxis y en la estructura morfológica: en esta última se revela sobre todo el carácter románico de estas lenguas. La sintaxis del románico moderno está más próximamente relacionada en muchos respectos con el alto alemán o con el griego moderno que con el latín antiguo; de tal suerte que de tener que fijar la relación de estas distintas lenguas entre sí, basándonos en la sintaxis y sin conocer las condiciones históricas, fácil es que el resultado fuese desfavorable para el latín [...]. Así pues la base fundamental de esta clasificación reside, como queda dicho, en la estructura morfológica; y no solamente en las desinencias flexionales (nominal y verbal), sino también en los elementos formales de la frase [...]. [13]

Transcribo *in extenso* el párrafo pertinente, conocido por todos los estudiosos, el que sin embargo no despeja la incógnita fundamental y sugiere incluso una zona de franca perplejidad al subrayar justamente el capítulo morfológico [14]. Pues no alude el lingüista, en el caso del parentesco, a un conocimiento cotidiano más o menos probable o inseguro, sino precisamente a una suerte de fisura entre el *sensus* latino y el *sensus románico,* que no afectaría según Meyer-Lübke la fisonomía morfológica de la flexión, pero acercaría las lenguas romances al alemán o griego modernos. Confieso que resulta sorprendente esta aserción. Mi propósito no es controvertirla, sino recuperarla como sentimiento profundo de un filólogo que no consigue explicarse en definitiva la especificidad románica en el género lingüístico de la *latinitas* y en consecuencia mantiene una prudente reserva en cuanto a la especificidad del *sensus* propiamente dicho, del cual la flexión morfológica es una *expresión* y no un *instrumento* extrínseco.

Ahora bien, ¿un *conspectus* morfológico, históricamente reubicado y desentrañado en sus vínculos lingüísticos diacrónicos, puede constituirse en recurso explicativo de los orígenes románicos, y puede orientarnos en el deslinde espiritual entre romanidad romanicidad? Si sintaxis, semántica y curso global lingüístico resultan definitivamente separados de lo que recorta y propone la expresión de Varrón, si la ruptura entre "romano" y "románico" alcanza al sistema significante total y complejo, ¿no deben postularse causas universales, reordenadoras, orientadoras, abolicionistas que sin liquidar el horizonte morfológico lo *incorporan* en realidad a otra lengua? ¿No es preciso definir en ese caso los orígenes de las lenguas romances como un advenimiento lingüístico que ilustra acerca de una emersión en el campo del *Sinn* lingüístico, conformado, reabierto y activo según un principio que trasciende fonética y morfología? En tal suposición ¿qué penetrales del romance resultan esclarecidos en el sistema descripto por la *Einführung* de Meyer-Lübke?

La relación entre morfología, semántica, sintaxis, o sea la compenetración de esa morfología con lo que por comodidad llamamos *sensus* lingüístico es un dato *anterior* al despliegue de la flexión. Mejor dicho, la flexión acontece como insistencia empírica del *sensus* global, no como recomposición de fragmentos, de cuya adición surgiría el *sensus.* Esta ilusión de la lingüística histórica positivista contradice toda metafísica, toda ciencia del *Sentido (logos, Sinn, sensus)* que consiste siempre en totalidades recurrentes que se imbrican, separan, contraponen, sobreelevan, reagrupan como gobernadas por principios que son ya organicidades complejas y completas. La morfología es un resultado de tal dispensación del Sentido, y no un recurso fundante de la totalidad del Sentido. Pero el Sentido es inexistente a nivel de lenguaje sin una *diaskósmesis* que lo despliega o lo pliega en variadas y contrapuestas direcciones. Re-

---

WARTBURG, en ZRPh. 42, 1922, pp. 371-377. Seguimos por comodidad la traducción castellana de Américo Castro, con el título *Introducción a la lingüística Romanica,* Madrid 1926. Sólo pretendo con este reclamo a las reconstrucciones y teorías lingüísticas de Meyer-Lübke tomar un punto de partida paralelo, aunque en otro nivel, al esbozado a propósito de las fuentes varronianas. Por eso mismo no cuento, ni precisa contarse, el itinerario crítico de estos últimos cuarenta o cincuenta años. No agregaríamos mucho al panorama de Meyer-Lübke y no encontraríamos quizá un estímulo más eficaz para una tarea de *repensar,* que es condición promotora de todo humanismo.

[13] *Op. cit.,* cap. II, *Límites exteriores y repartición interna de las lenguas románicas* (pp. 32-33).

[14] Resulta curioso hojear un viejo epítome de lingüística romance. Me refiero al libro de FRANZ EYSSENHARDT, *Roemisch und Romanisch. Ein Beitrag zur Sprachegeschichte.* Borntraeger Verlag, Berlin 1882, 205 pp. Sigue siendo fundamental el propósito del autor *die Fragen universeller Bedeutung von den Einzelheiten abzuheben,* y sigue teniendo vigencia el *conspectus* histórico del epítome. Por lo que respecta a la relación *lingua vulgaris* y lengua romance, resulta curioso releer el cap. IX *Latinisierung Italien's* (pp. 125 y ss.), en particular el parágrafo *Ursprung der Romanischen Sprachen* (p. 127).

construir un *sensus* por la morfología significaría llegar a entender una frase o contexto de Cicerón por el recuento, discriminación y ordenamiento de sus flexiones. Cuanto más complejo es el *sensus* lingüístico en el contexto, tanto más articuladas funcionarán las flexiones; y cuanto más complicadas sean las aperturas y clausuras morfológicas y sintácticas en un texto, tanto más simple será la intuición fundante de tal *sensus.* Es precisamente esta relación decisiva la que determina, a mi modo de ver, la especificidad de la *lingua romana* y de las lenguas romances, de modo que la ciencia empírica de Meyer-Lübke vendría a probar que entre latín y romance no hay ningún parentesco.

Dos ejemplos muy restringidos, prácticos, pero muy notables quiero aducir, sin pretensiones de resolver ni la cuestión general, ni el problema concreto que exhiben los ejemplos. Se trata de la historia de los términos latinos —fundamentales en muchas perspectivas— *verbum* y *res.*

La reconstrucción del proceso de sustitución de estos dos vocablos por parabola<palabra, y por causa<cosa, respectivamente, es un hecho lingüístico de raíces más hondas y de resonancias más decisivas que el mero cambio de signo. Se trata en realidad de un *sensus* complejo, anterior al cambio, que se abre paso en el sistema, elige un signo, lo torna significante dentro de la interacción del sistema; y si la expresión no repugnara demasiado al positivismo lingüístico, lo trueca en símbolo de una vasta creación-remoción lingüística. En el cambio, en el signo, en la estructura significante-significado ¿qué queda del sistema *secundum Romanam linguam*? Si no queda nada, lo que adviene ¿cómo debe ser interpretado en su origen, inserción y proceso? ¿Y no será que la historia fonética, morfológica y semántica de *parabola* y *causa* es uno de los resultados empíricos de aquellas raíces profundas y de esas resonancias decisivas a las que no puedo retroceder sin embargo por el mero diacronismo de la lingüística histórica? En fin ¿no subrayaríamos entonces una articulación-desarticulación, una coyuntura-deslinde por donde trabaja el *Sinn* lingüístico, que no se confunde con el nivel de esos fenómenos controlables por la investigación del lingüista? En este sentido profundo la muerte de la *lingua romana,* especificidad histórica de la *latinitas* varroniana, no tiene nada que ver con las causas secundarias enumeradas desde los tratados del siglo XIX hasta hoy, aunque sean causas empíricas ciertas y operantes. Habría que verlo en todo caso. Esa muerte es la extinción de un *sensus,* por intrínseca abolición de su existencia comunicante, por sístole de los contrafuertes espirituales que lo despliegan y lo historifican, en fin por desarticulación con los hombres concretos que no se sienten inhabitados por ese *sensus,* ni promovidos por su energía interiorizadora, ni coaligados por su desembozado y activo trasiego intramundano. Se hunde el horizonte significativo del mundo y se hunde también el horizonte significante de una lengua (en este caso lo que Varrón denomina con sentimiento recapitulatorio *romana lingua).* En la coyuntura adviene otro horizonte del mundo y otro sistema significante, que no procede del primero por trasiego biológico. El substratum morfológico que perdura —en la descripción de Meyer-Lübke— es apenas una materia elemental, exenta de aquellas tensiones fundamentales que deciden la estructura del *sensus* lingüístico. Una es entonces la *lingua romana,* otra la lengua romance. Pero la *latinitas* sigue representando en la reconstrucción histórica el género próximo, lingüístico, en cuya matriz acontece la vida y la muerte. La especificidad romance es radical y no meramente recapitulatoria, tanto como la especificidad romana; es objetivante según una dirección distinta, que confiere al mundo un desocultamiento peculiar e inconfundible; es interiorizadora según una velación-develación del hombre, que explaya o despliega otros recónditos alumbramientos del espíritu, que se hacen lengua-mundo y devienen sistema lingüístico. En éste se incorpora, reordena y ensambla lo que he llamado materia elemental que no puede en ninguna forma conferir impronta específica, por el contrario la recibe y conlleva.

De esas dimensiones, en que se originan los sacudimientos y modulaciones lingüísticas que recorren todas las escalas hasta los niveles fonéticos, nos prefiguran algunas profundidades o algunas instancias los ejemplos aducidos: *res*-cosa y *verbum*-palabra, denotación respectiva de dos constelaciones semánticas realmente excluyentes. ¿Son ellas acaso el punto de llegada de una acumulación fenoménica empírica de cantidades silábicas, terminaciones, desinencias, casos obsoletos, declinaciones ruinosas, márgenes sintácticos y semánticos constreñidos o laxos? ¿O por el contrario es el cambio del sistema en el *sensus* lingüístico, ostensible en la historia de *res*-cosa y de *verbum*-palabra, la causa de aquellos fenómenos, indicios de un aporte universal de las energías profundas a la articulación o desarticulación, o a la coyuntura-deslinde mencionados? Las energías centrífugas —correlato de otras que son centrípetas por cierto— afectan la *lingua romana* porque irradian la totalidad de un *sensus*

lingüístico que es resueltamente otro y reordena la materia elemental sonora, el *corpus* significante, el fraseo de comunicación, la selección espontánea o reflexiva que acumulan en lapsos imprecisos aquellos fenómenos empíricos. Estos no condividen por anticipado lo que ha de ser *sensus* que sobrecarga los signos, sino por el contrario el *Sinn* fundante condivide su recóndita interacción y produce los fenómenos mensurables. Naturalmente no todo transcurre en el mismo plano, ni en la misma referencia, ni con la misma intensidad o idéntica patencia. Pero todo despliega a su nivel aquella energía que historifica el *sensus,* de modo que éste se torna lengua inconfundible y distinta.

Pero volvamos al contorno semántico de *res*-cosa. Es innecesario destacar el marco significativo de este término, el peculiar anudamiento del *sensus* latino que opera el vocablo, la multiplicidad de instancias que recupera, reabre, reordena o ilumina, desde *res frumentaria,* por ejemplo, a *res publica* [15]. No intento aquí ni reubicar la escala exhaustiva de una historia lingüística multiforme, ni describir las denotaciones complejas que se reacomodan o despliegan en cuanto interfiere la sonancia del término en el decurso del *sensus* romano. Podría afirmarse que *res* es un centro semántico de multívocas energías (tanto como el *eón* griego, el *einai* absorbente y unívoco), un recurso que siendo punctiforme como todo vocablo tiene la propiedad de ilustrar y reabrir los incógnitos ámbitos del latín. La historia de Roma es la densidad fundante de esta palabra, y nada que sea romano se excluye de una próxima o remota interferencia de su virtud manifestativa y recapitulatoria.

Ahora bien ¿qué es *res* en latín? Lamentablemente muy poco podemos inducir de una reconstrucción etimológica, precaria y colmada de lagunas. En cuanto al contexto comparativo histórico en el campo indoeuropeo sabemos, sí, con certeza, que hay una distribución sorprendente *ab initio* (por lo menos en cuanto alcanza nuestro saber) [16]. ¿Qué dice Ernout en su conocido diccionario)? [17] Transcribamos de modo sucinto lo más característico: "Sens ancien «bien, proprieté, possession, interét dans quelque chose», encore conservé dans des expressions juridiques ou fixées par l'usage [...] *Res,* designant des biens concrets, a pu servir á exprimer ce qui existe, la «chose», la «realité»; *re* a pris ainsi la valeur de gr. pragma, en opposition á *verbum,* vox, opinio; et aussi les actions accomplies [...] aussi les «choses» (par opposition aux personnes), dont le sens s'est affaiblis et a pris le vague du mot français [...] Souvent *res,* joint á un adjectif, équivaut simplement á cet adjectif neutre: *ea res=id* [...] *Res,* dans ce sens, a subi la concurrence de *causa* qui par une évolution analogue était arrivé á une signification identique; bien qu'attesté de tout temps, *res* n'a subsisté que sous la forme d'accusatif, f. rien [...] Pas de derivés [...]"· Hasta aquí Ernout en cuanto a los valores semánticos. En cuanto a la etimología, morfología, etc., Ernout se limita a subrayar la formación del nominativo *res* a partir del acusativo *rem,* como *dies* a partir de *diem,* y a concluir: "Le mot est de ces termes archaiques qui sont propes á l'italo-celtique et á l'indo-iranien" [18].

Sin replantear la cuestión en toda su compleja estructura, parecería que *res* es el término con que el latino menta la densidad objetiva de la existencia, el centro significante que permite develar la existencia entitativa *ut sic,* la lumbre lingüística que incorpora, deslinda o configura en el reino del ser, diríamos. De esta propiedad arcaica y que sólo podemos intuir vagamente, derivarían las virtudes significantes recorridas o reconocidas por Ernout, pero de cuya suma no surge el *sensus* recapitulatorio latino. Los ejemplos ilustran sobre tales virtudes, pero no excluyen el sesgo semántico aducido, que podría ser precisamente el originario. Y tratándose de un vocablo marginal en la historia compleja del indoeuropeo

---

[15] Según Walde-Hoffmann, *s. v.,* en uso desde Catón. De paso señalo un motivo marginal, pero importante en la historia de *res,* y en particular para el destino de la expresión *res publica,* cuya definición famosa encontramos en el tratado de Cicerón, *de re publica* (ed. Ziegler), *res publica, res populi,* etc., I. 25. 39. La repetición de *res* indica la importancia del término. Ahora bien, ¿cuándo y por qué se produjo la sustitución por el término *status,* y cuál fue el destino de esta sustitución en las lenguas románicas? ¿Cómo se reasimiló la expresión *res publica* y cuál fue el destino semántico de esta decisiva composición del antigua latín? Sobre esta importante cuestión conviene cf. el trabajo de WOLFGANG MAGER, *Zur Entstehung des modernen Staatsbegriff,* Akad. der Wissenschaften, Mainz 1968, nº 9, pp. 395-496, con importantes referencias bibliográficas. Es posible que la expresión *res publica* sea muy anterior a Catón, quien la recoge de un viejo fondo de la lengua. De todas maneras el uso hasta el período de Augusto señala un centro semántico de fundamental significación en Roma, vinculado desde luego a la compleja historia de *res.*

[16] En cuanto a la presencia de *rés* en latín y *rás* en sánscrito, que subraya el sentido de riqueza, cf. Devoto, *op. cit.,* p. 19. Se trata de lo que Devoto llama *elementi marginali* que en la historia general del indoeuropeo sobreviven en la lengua latina. En efecto, en ninguna otra lengua indoeuropea está representado el vocablo *rés.* He aquí una curiosa circunstancia. Dentro de las áreas centrales y occidentales, *rés* corresponde únicamente al espacio del latín. ¿Por qué entra una vez más en la penumbra al desaparecer o modificarse el *sensus* de la *lingua romana?*

[17] ERNOUT-MEILLET, *Dictionnaire Étymologique de la langue latina. Histoire des mots.* 3ème éd. Klincksiek, París 1951, pp. 1008-9.

[18] WALDE-HOFFMANN, *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch,* 3. Aufl., Winter, Heidelberg 1938, presenta un panorama un poco diferente, de mayor prudencia y con otro *conspectus* más complejo. Pero las conclusiones son en sustancia las mismas, y las oscuridades también.

resulta sin embargo una lumbre semántica orientadora en toda la historia del latín y de Roma, y por lo mismo fundamental en el panorama ulterior de las lenguas romances, como lo advierte rápidamente Ernout con una cierta perplejidad. En cuanto a la concurrencia de *causa,* las intrincadas confrontaciones lingüísticas aducen otros trasfondos más decisivos e importantes al parecer [19].

Por otro lado, basta conocer la expresión concreta histórica del latín para advertir la importancia lingüística del vocablo. Sólo con mencionar el texto de Lucrecio *de rerum natura* y la compleja y honda significación de los dos términos, destacaríamos los rasgos sorprendentes de esta problemática. Aquí sólo quiero anotar la siguiente conclusión, dividida en dos apartados:

1) La reconstrucción lingüístico-histórica previene sobre la singularidad del vocablo y sobre su repliegue en el románico;
2) la reconstrucción semántica y espiritual previene a su vez sobre el rasgo conformador y fundante del vocablo, a tal punto que Roma es *res,* y la *lingua Romana,* o sea, la *latinitas* en el sentido varroniano pende de ese centro mental, existe en parte como referencia e interferencia de ese centro. ¿Su extinción no constituye entonces un fenómeno más decisivo para el *sensus* latino que la restricción, modulación o cambio de las flexiones, y no podría postularse que la ruina del sistema sintáctico-morfológico adviene como consecuencia del repliegue de tales centros semánticos?

El horizonte de *res* es el horizonte del mundo y de los dioses, de las acciones, energías, actividades, presunciones, niveles, resultados que pueden develarse o velarse en ritmos vertiginosos, contrastados, paralelos, incluyentes. Es el horizonte de objetividades, fundantes de otras objetividades, que en trasiego inexhausto y de plenitud siempre abiertas no abren un espacio insumente, único, desplegado como un vasto *inane aut vacuum,* sino como un contracanto de relaciones que serían también *res,* o por lo menos fuertemente sometidas a la impronta de *res*. Ella es el imperio de la totalidad expresada en la develación de la parte. Salvo que el término *res* asegura siempre la connaturalidad implícita, la totalidad recurrente y sublime, o como diríamos en griego el reino del ser que señorea sobre los entes, la inconmovible radicación de lo que insume, pero sostiene y salva, de lo que funda y se repliega en el reino de sacras raíces intocables e inmunes a la erosión del tiempo y del espacio mostrenco.

Precisamente la destrucción de este sistema semántico sería la causa del entenebrecimiento de *res* y la recomposición de otro sistema, de cuyos rasgos sorprendentes es testimonio semántico el término románico "cosa". Detengámonos en él brevemente, para inducir inferencias complementarias que ilustren por otros aledaños los trasfondos inconfundibles de la lengua romance, y por ende su diferencia específica en el género *latinitas.*

¿Por qué la palabra latina *caussa,* de vieja raigambre en el contexto de la lengua romana, perdura en la línea de su especificidad, pero con una invariante fonética (de distinta categoría según las zonas) produce el vocablo *cosa, chose,* que instaura otro centro semántico de caracteres recapitulatorios para el sistema románico? ¿Por qué esa invariante constituye un sistema de perspectiva intramundana, de fuerte interacción abstracto-concreta, de régimen escindido de la totalidad de *res* fundante, como si se hubiera hundido en la sombra lingüística el sentimiento romano del "ser" y su patencia en los entes? No me propongo, claro está, desarrollar todos estos pormenores de crítica filológica, que excederían el marco de este ensayo. Intento solamente representar un ciclo de evidente importancia en la historia de *latinitas,* en la expresión concreta que el género próximo cobra con la impronta específica: romanidad o romanicidad. Podríamos ya definir un rasgo de tal especificidad: romanidad es el régimen lingüístico-semántico de *res;* romanicidad el régimen lingüístico de *cosa.* En esa disyunción se entiende la recomposición o reajuste en zonas del sistema, o sea el hecho de reencontrar en el romance la línea de "realidad", "realización", "realismo", etc., o bien la prolongación del contorno abstracto de *causa,* en el reino de la cosificación. Pero "realidad" no es *res,* en ningún sentido romano; por el contrario es el

[19] Cf. PAUL ZINSLI, *Muttersprache und Umwelt,* en el vol. cit. en nota 11, pp. 35-36. Las reflexiones de p. 41: *Kein Zweifel, die ersten artikulierten Laute, die erste sprachgenbundenen Vorstellungen haben uns in der Mundart der Mutter, der vertrauten Rede des Hauses, der Dorfes oder des Stadtquartiers berührt und sich tief in Sinn und Herz eingepragt*, valen de modo especial para los tiempos antiguos, o sus épocas de deslinde. ¿Cuáles fueron en esas zonas primordiales las fuerzas articulatorias y expresivas que sobrecargaron *causa* –o *caussa*– y extrajeron de su sonancia un rumbo desconcertante que la trueca de categoría "relación" en dimensión óntica?

punto de llegada de aquel hundimiento semántico en que las cosas devienen activas por imperio de otras relaciones promotoras. Y a su vez cosificación no es la antigua y densa "cosa" románica, sino el punto de llegada de otro hundimiento en las sombras lingüísticas, que advendría quizá en los contornos espirituales del siglo XV.

3

Retornemos al latín *causa*. Ernout, s. *v.,* afirma: "l'étymologie étant inconnue, le sens originel n'est pas determinable [...] Pour les latins le sens de «cause, motif» est le plus ancien, et l'emploi, fréquent et ancien de *causa* s'expliquerait mal en partant du sens de «procés»" [20]. Ahora bien, en el territorio de la *causa,* que es detalle en el contexto de la latinidad y fuerte impronta semántica *secundum Romanam linguam,* se inscriben, cualquiera sea la referencia etimológica, todas las relaciones posibles del mundo, y de ese despliegue infinito de la categoría "relación" proceden también las reorientaciones y configuraciones multívocas que explicarían el perecimiento de *res,* la continuidad de *causa* y la emersión de *cosa,* remanso mundano por así decir en aquella multivocidad de la categoría "relación". En qué medida el desglose o el estímulo cristiano, por ejemplo, han podido determinar en parte la destrucción y reconstrucción del trasfondo semántico, orientado al nivel óntico y a la especificidad de las relaciones, como categorías mundanas, es algo difícil de precisarse, pero indudable. En Forcellini, en el *Thesaurus,* en Ernout, etc., surge con meridiana disyunción el recóndito desglose, que si aceptamos el resumen de Gamillscheg [21] remontaría ya al siglo IV. Pues el Dios cristiano puede ser entrañado en la semántica de *causa,* pero no en la de *res;* y al mismo tiempo esa fuerte reapertura semántica que alía deidad y causa obliga a la disyunción transmundana y mundana, de donde emergería la semántica de *cosa.* Y así tenemos el territorio de *res,* el reino óntico romano sentido con la perduración designativa del viejo latín, reinscripto en las tensiones espirituales del indoeuropeo, como correspondencia del ente griego. El reino óntico no contradice las energías divinas, las reubica en ese horizonte que implica la expresión *antiquitates rerum divinarum humanarumque* [22]. Luego el contexto de "relación" en la *causa,* que es en latín subsiguiente a *res,* despliegue y develación de *res,* o reordenamiento de sus interacciones multívocas. Luego la confusión entre *res* y *causa,* como una propiedad que absorbiera la dignidad óntica. En fin, la emersión de *cosa,* densificación del mundo, separado de la *causa,* pero constituido en definitiva por la categoría relación que se cuantifica.

Interesa sin embargo subrayar una vez más no tanto el curso reconstructivo histórico —que podría ampliarse o completarse— cuanto el signo de una totalidad semántica: en *res* adviene una fuerte inserción de mente y mundo que es centro espiritual en la Romanidad. De ese centro depende, no cabe duda, una tonalidad lingüística que trasciende fonética, morfología y sintaxis, y despliega una consistencia significante inconfundible. En *cosa,* en cambio, adviene otra referencia mental, de vastos trasfondos y vastas proyecciones, que deciden como centro espiritual característico penetrales configuradores de la romanicidad. Si *res* resulta emersión que determina la especificidad latina frente al género próximo (el indoeuropeo), *cosa* a su vez, como emersión en el género *latinitas,* circunscribe aquella especificidad

[20] WALDE-HOFFMANN, *s. v.,* da un panorama un poco diferente, más ceñido y más recapitulatorio del paso *romano* a *románico.* Parece haber en la etimología o en la semántica de *causa* una razón que en el viejo latín la predispone a la semántica de *cosa,* en tanto el mundo exhibe el sesgo de la *causa.* Cf. *Thesaurus,* vol. III, col. 659/ss. *s. v. caussa.* Conviene notar que en el apartado II *res de qua agitur* (col. 685) anota el artículo: *coniungitur saepissime cum res.* Es curioso el texto de Cicerón *pro Cluent.*: *res cum re, causa cum causa, ratio cum ratione,* que define territorios semánticos precisos. La unión frecuentísima de *res* y *causa* sigue siempre un ritmo de *res* a *causa,* como si en latín se subrayara constantemente el régimen óntico de *res,* y la inclusión de *causa.* Esto quizá podría retrotraernos a la vieja etimología (de *cado).* En segundo lugar, en el apartado III (col. 700/ss.) el artículo precisa: *latiore sensu apud recentiores i. q. res* (cf. francog. *chose*): *huc iam quodammodo pertinere videtur.* El texto de Cic. *de lege agr.* no es sin embargo concluyente. Los más tardíos sí, sobre todo los de Cassiodoro y demás. Cf. Forcellini, s. *v.,* I. p. 561.

[21] Cf. ERNST GAMILLSCHEG, *Etymologisches Wörterbuch der französischen Sprache,* Winter, Heidelberg 1928, *s. v. Chose*: aus lat. *caussa* "Anlass" das bei Cassian und später in Glossen schon die romanische Bedeutung "Ding" aufweist. Cf. F. DIEZ, *Etymologisches Wörterbuch der romanischen sprachen,* Bonn 1898, *s. v.* nota la doble dirección latina y románica: causa y cosa, y su confrontación con germánico *Sache* y gr. moderno *pragma.* Además cf. J. COROMINAS, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana,* Gredos, Madrid 1954. *s. v.* vol. I. p. 922 dice: Cosa, del latín *caussa,* "causa, motivo", "asunto, cuestión", que en latín vulgar partiendo del segundo significado se hizo sinónimo de *res,* "cosa", ya en el siglo IV de nuestra era. 1ª doc. orígenes del idioma (Glosas de Silos, 2ª mitad del s. X).

[22] G. Boissier, *op, cit.,* pp. 166-313. En cuanto a expresiones como *rem divinam facere, res religiosae, res sacrae,* cf. G. WISSOWA, *Religion und Kultus der Römer,* 2. Aufl., Beck Verlag, München 1912. Más recientemente Kurt Latte, *Römische Religionsgeschichte,* München 1960. Sobre Varrón, pp. 291/ss.

que se hace expresión histórica en la romanicidad. Pero qué diferente es el modo de mentar y sobre todo qué diferente el mundo que se menta. Confirmaríamos en un cierto sentido el trasiego de *katábasis,* que el cristianismo acelera y complejifica, pero que lleva a sus últimas consecuencias en el área de la romanicidad. La perención post-medieval de la *causa* transmundana, *topos* absoluto de toda relación posible y por tanto inmune al desgaste y contradicción de la categoría "relación", nos deja prisioneros de las *causas,* o de las *cosas,* que empiezan a empalidecer, exiliadas del reino de *res* objetivante y sublime, desarticuladas de las *causas,* en tanto éstas pierden referencia a la Causa, e inician entonces el último giro de su desfonde óntico. Adviene el horizonte de "realidad" y de "cosificación", semántica que sólo resulta posible como degradación del centro espiritual aducido, como destrucción de las cosas, en el reino crudelísimo del repliegue mundano. Tenemos "realidad", pero no densas cosas como las que quería Antonio de Guevara en su famoso *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea* [23]; tenemos cosas de cosificación, pero no de *causa,* que integra relaciones; tenemos causas, no integradas a su vez en la Causa, pero no *res*. Romanidad, romanicidad, modernidad [24] constituirían en este vasto panorama semántico tres reinos lingüísticos, que conllevan con sus centros de energías significantes develaciones o entenebrecimientos fundamentales y típicos. El primero es *res* fundante; el segundo, cosa relacionante; el tercero, cosificación de *cosa* y *res,* pérdida de la densidad valiosa del mundo y por lo mismo *krasis* indescriptible de lumbre y oscuridad.

Por otros aledaños y con otros trasfondos confirmaríamos estas líneas descriptivas, si recapitulamos el segundo ejemplo mencionado: *verbum*-palabra*,* que nos coloca de modo más directo en el acto de mentar, y por tanto nos previene sobre la estructura significante, donde la energía que menta no se confunde con el "significado", pues a cada instante, en cada coyuntura y en direcciones de absoluta multivocidad advienen y perimen microsistemas semánticos, reordenados por el vínculo decisivo de *verbum* o de palabra. Veamos algún aspecto de esta cuestión decisiva. Sigamos entonces el mismo curso descriptivo y conceptual; qué es *verbum* y qué es *palabra*.

Ernout, *s. v.,* anota: *verbum* "s'oppose á *res,* chose". Y luego de precisar las referencias comparativas, concluye: "Le mot est limité á une zone dialectale de l'indoeuropéen: du baltique au latin. Mais la racine en est indoeuropéen [...]". Pero si bien es obvia la significación de hablar, decir, y por tanto la mención del resultado sonoro significante, no nos queda claro el *sesgo* semántico característico. Y en cuanto a la oposición a *res,* podría ser más bien contrafuerte de un doble modo de existencia: la de *res* como objetividad fundante, la de *verbum* como objetividad mentada y por ende integradora de tal objetividad, es decir, igualmente fundante. *Res* inhabita *verbum* de un cierto modo; *verbum* despliega *res* en el modo contrastante, lo que quiere decir que este vocablo tan característico en latín como *res* pertenece a esos centros constitutivos de la romanidad, que *se* despliegan o imbrican con vastas consecuencias espirituales, difíciles de concebir sin tales presencias y energías semánticas.

Walde-Hofmann, *s. v.,* propone a su vez un *conspectus* más complejo, pero no por eso más clarificador. La probable vinculación con *Wort* y el ostensible desglose de *logos* griego nos propondría una interesante escala semántica a investigar con mayor empeño, a saber: *logos, el* reino del *légein* que es según Parménides idéntico a "ser" y a "pensar". El reino de *verbum,* presencia de *res* mentada y plenificada, régimen objetivante de la interioridad en el horizonte de *res*. El reino de *Wort,* asunción designativa que en la penumbra abre la lumbre del mundo, resultado del oído en la interioridad germánica. En cuanto a *palabra* ¿cuál sería la connotación de su reino misterioso? [25]. Basta recorrer el territorio complejo de los textos para reasumir las propiedades de designación, develación, reconstrucción del mundo, incluidas en la coherencia del fraseo latino. Pues la aparición del vocablo produce

---

[23] Ed. y notas de Martínez de Burgos, Madrid 1928. Cf. por ej. los capítulos IV, V, VI, y el uso de la palabra "cosa", colmada siempre de una densidad que anuda en la prosa de fina elaboración retórica las confrontaciones y exclusiones que maneja el autor.

[24] Es aquí donde correspondería quizá estudiar el vocablo *romanticus,* su derivación de *roman* y las implicancias semánticas de los dos. Cf. G. Colón, *Latin médiéval "romanticus",* en ZRPh, 77, 1961, pp. 75/ss., con una bibliografía pertinente. La relación *romanus, romanicus, romanticus* propone un curso de historia del espíritu *(Geistesgeschichte)* altamente significativo.

[25] Cf. G. Devoto, *op. cit.,* p. 21, siempre dentro de las consideraciones sobre los elementos lingüísticos marginales, propios del latín. Dice el párrafo que interesa: Con maggiore efficacia interviene il lituano (e anche lo slavo), a definire il carattere marginali di una parola nel caso di *verbum* "parola" che si confronta con el gotico *waúrds* e, appunto, con el lituano *vardas*; le quali tutte non sano parole occidentali né nord-occidentali perché il greco e l'osco-humbro mostrano la parola concorrente che l'ha eliminata nei due territori; *ғépos* e rispettivamente *vepur,* un ampliamento della radice *wek/wok* cui appartiene il latino *vox*. La descripción del espacio lingüístico de *verbum* confirma por otro camino la singularidad del vocablo, pero no aclara mayormente el aspecto semántico del mismo.

inevitablemente adensamiento, precisión y perspectiva como canales semánticos por donde adviene el *sensus* propiamente dicho. Esto es lo específicamente romano, esto es lo que perime y prepara u ocasiona "el reino de la *palabra*". La confrontación entre latinidad y cristianismo ha acelerado seguramente esta doble corriente de perención y de reapertura semánticas. La misma latinidad genera el sustituto, cuya especificidad lo desglosa y aparta del trasfondo romano. Romano y románico se articulan en el género próximo (*latinitas*), divergen profundamente en el dato específico (romano-románico), tanto como latín y griego mantienen el género próximo (indoeuropeo), pero divergen en el curso lingüístico histórico.

¿Cómo resumiríamos provisoriamente al menos el territorio semántico de *verbum,* apertura semántica insoslayable de la *lingua romana*? Creo que ese territorio es en primer lugar incomprensible, si no parto del reino óntico, patente en *natura rerum;* y en segundo lugar que es un armónico contrastante que espeja no sólo la condición de mentar, sino la condición recóndita del mundo, aquella que *res* posee como su más íntima propiedad. Porque *res* es *verbum,* y porque viceversa el mentar de *verbum* es autopatencia de *res,* podríamos postular una etimología conexa. Me doy cuenta perfectamente que esto contradice esquemas fonológicos y morfológicos, de especial referencia empírica. Sin embargo una etimología no es un "individuum" al margen de la especie, y ésta no es arbitraria e inorgánica determinación de una energía centrífuga. Por el contrario, especie e individuo resultan campos de actividades congruentes que instalan, adhieren, componen. Esas son las fuerzas que explicarían flexión y fonemas, o reapertura sintáctica que proyecta. En esos trasfondos coloco también las cuestiones etimológicas más complejas que la mera filiación individuante. En otras palabras, etimología no es sólo cuestión de una historia empírica de sonidos que trasiegan, o de formas que se pliegan a condiciones cambiantes, muchas veces oscuras e inasibles. Es cuestión de "espíritu semántico" que reordena o cambia la materia fonológica, morfológica e incluso sintáctica. *Verbum* despliega entonces la virtud que es inhabitar y ser inhabitado, en esto profundamente diferente de *logos* en cuanto "perspectiva de *légein* que discrimina y compone". Inhabitar quiere decir que no hay soplo sonoro autónomo; que no transcurre en territorio paralelo; que no asume o historifica como un mero contracanto del mundo. Ser inhabitado quiere decir en cambio propuesto a la instalación de tales *res,* como recepción iluminante y dispensadora, como extremo diáfano de un territorio de penumbras, cuyos contornos se autodefinen al inhabitar el *verbum.* La romanidad es *verbum-res*: en *res* hemos descubierto al régimen óntico de la latinidad. En *verbum* intuimos la densidad espiritual del repartimiento interactivo, la propiedad de un mentar que plenifica la cosa, la reabre en vertiginosos y multívocos rumbos; pero recibe de *res* aquél régimen óntico que lo enraiza en el mundo y lo hace "mención" de sus profundidades entitativas, sacras, beatíficas.

Veamos ahora brevemente la historia del vocablo *palabra* [26]. Como en el apartado *causa*>cosa respecto de *res,* en este nuevo capítulo *parabola*>palabra, la historia tiene mayor precisión, hitos más identificables y consecuencias menos penumbrosas. Sin embargo la reinterpretación del contexto obliga una vez más a postular la especificidad románica y a subrayar la disyunción fuerte y notable de la *lingua romana.*

En primer lugar la presencia de un vocablo griego que entrando en el contexto de la *latinitas* produce una vasta remoción —la remoción de *verbum*— y una no menos vasta recreación, la de *palabra, parola, parole,* etc., cuyas consecuencias en el territorio románico no precisan ser destacadas. Podría decirse que mientras la romanidad es *verbum,* la romanicidad es *palabra.* Pero qué difíciles interioridades recelan estas dos sentencias, y qué radicales exclusiones semánticas sugieren —y promueven— los dos términos. Vistos en la perspectiva de mera reconstrucción empírica, en el marco de un fenómeno acontecido con caracteres bastante recuperables por la mensura positivista, integran un cuerpo de datos, una cantera lingüística, de varia y complicada exploración. Vistos en cambio según lumbre reconstructiva de una *Geistesgeschichte develadora,* cuánta densidad se resume en cada centro significante.

En segundo lugar, en la historia de *parabola*>palabra reaparece con igual fuerza, pero con mayor

[26] Cf. J. Corominas, vol. III, p. 616, del antiguo *parabla* y éste del latín PARABOLA, "comparación, símil", que a su vez vino del gr. *parabolé,* "comparación, alegoría" (...); en romance se pasó de "comparación" a frase y luego a "vocablo". 1ª doc.: orígenes del idioma *(Cid,* etc.). (...). Sabido es el gran empleo de PARABOLA "símil, alegoría", "comparación" en el lenguaje bíblico y cristiano, que es precisamente el que explica su generalización en romance; por lo demás, ya lo encontramos en clásicos del imperio, si bien en la forma más helénica, *parabole.*

claridad, la interactividad compleja de *latinitas* y cristianismo. Pues si en el caso de *caussa*>cosa podríamos sospechar profundas tensiones que provienen del latín arcaico y que modifican el régimen de *caussa* para llegar a cosa, aquí nos enfrentamos con un dato externo, con un cuerpo insertado en la *latinitas*. Podríamos recordar mejor los rumbos de tal interactividad y deducir quizá una constante. Sin pretensiones de repetir una historia etimológica y semántica ya configurada, intento solamente repensar la condición de "palabra" como centro espiritual semántico de la romaniciclad y deducir implicancias no ostensibles en la mera descripción del fenómeno.

Du Cange [27] nos proporciona abundante material del latín medieval, y los diccionarios etimológicos, indispensables para orientarse en este dominio, recomponen con indiscutible precisión los contornos del término románico. Ahora bien, ya notó W. Schlegel y lo reafirmó Diez [28], la importancia de la confrontación entre *verbum* y *parabola,* y la fuerza dirimente que *verbum* cobró en el ámbito religioso, teológico, cultual. Por ende, y en cuanto ese mismo ámbito era dispensación del Verbo, la fuerza dirimente y reconstructiva de *parabola* y *parabolare,* que se instaló como línea semántica típica de la especificidad románica. Divergieron los horizontes, divergieron las denotaciones configuradoras, divergieron las resonancias en oídos que divergieron del antiguo y denso latín. El panorama es suficientemente diáfano; no así las interpretaciones que podrían matizarse y profundizarse. Dentro de tales correspondencias y disyunciones fundamentales, hagamos algunas observaciones pertinentes.

Tanto como para *caussa*>cosa, en *parabola*>palabra dominaría en los inicios un aspecto dinámico, de movimiento y multívoca dirección que tiende a cuantificarse; en el primer ejemplo, como principio de cosificación, cuya objetividad es diferente de *res;* en el segundo, como principio de configuración del soplo sonoro que responde a *cosa*. Pues aunque la lengua vulgar, latín o romance, no mentara ya lo que está implícito en el compuesto griego, sin embargo un residuo indudable de confrontación dinámica, de *collatio* interactiva, se despliega en la historia semántica de *palabra*.

En segundo lugar, si *caussa*>cosa desarticula la *res* óntica fundante, la *parabola* designativa abre el camino del paralelismo dinámico que recepta las significaciones y las transforma en contraespejo del mundo. Se desarticula entonces el reino de *verbum,* que es fundación verbal (sonora y semántica) como completidad de *res*. Ahora *parabola* es desarticulación del mundo que sirve para el ascenso o descenso parabólico, es reconstrucción autónoma del ámbito semántico (autónoma respecto de la *lingua romana),* es ubicación del hombre como órgano parabólico que pliega o distiende los espacios significantes según otros requisitos y recapitulaciones, específicamente diferentes de los de la romanidad. Otro sentimiento del tiempo y del espacio, otra reasunción del mundo, otra interactividad personal, otra interioridad del alma que reconcentra otras profundidades anímicas, otro territorio de interferencias comunitarias que ponen el acento en otros rasgos recónditos de la apertura semántica. En el cuerpo del género *latinitas* constitutiva está creciendo otra especie sonoro-semántica, otro *sensus,* otro fraseo, otro acento, y por ende otra morfología y otra flexión que aprovechan las ruinas de la que fuera *lingua romana*. Esas reliquias de Roma conllevan los rastros del antiguo sistema, se imbrican con una sintaxis que, como dice Meyer-Lübke, poco o nada tiene del latín. Pues es en el reordenamiento sintáctico-semántico donde acontece la emersión de la especie, mientras la materia elemental, con la impronta de la antigua especificidad, se pliega a la nueva energía de los centros semánticos, advenidos precisamente como alumbramiento específico en el *sensus* latino. Las diferencias no son pues ocasionales o superficiales, sino profundas y decisivas, tan decisivas que comportan otro *sensus,* cuya disponibilidad dinámica en el lenguaje genera otra sintaxis y otro sentimiento del *tempus* lingüístico.

En la sustitución de *verbum* por *parabola*>palabra podrían discernirse profundidades negativas o

---

[27] Du Cange, *Glossarium Mediae et Infimae Latinitatis,* Paris 1938, Tomus VI, p. 155. Verbum, sermo (...) *Assumpta parabola sua, respondit Episcopus,* y muchos otros ejemplos de semejante tenor. Cf. la expresión o modismo *in parabolis* para señalar algo que se ha constituido o dispuesto de palabra; y el verbo *parabolare* (sermocinari, verba facere): *Nostri seniores sicut audistis parabolaverunt simul et consideraverunt cum communibus illorum fidelibus de Dei servitio.* Y finalmente el adj. *paraboloso.* Cf. Forcellini, *Lexicon totius Latinitatis,* III, p. 565, que muestra la restricción del término al dominio retórico-crítico en el latín clásico, mientras que habrá de tomar con el Nuevo Testamento y los Padres Latinos un sentido cada vez más difuso y complejo. En cualquier forma parabola-parabla-palabra denota la construcción de una perspectiva que conviene a la naturaleza específica del románico, y al repliegue o reordenamiento de *verbum* en el latín post-imperial.

[28] Cf. F. Diez, *Etym. Wört.* p. 236: Es ist Ersatz für *verbum,* das man aus Scheu vor seiner religiösen Bedeutung vermied (Schlegel, *Obs. sur la langue prov.,* nota 33), wenigstens sind it. sp. verbo (...) in dieser allgemeinen Bedeutung unübliche Wörter (...) Cf. Camillscheg, *op. cit.,* p. 671, que se suma al criterio de Diez.

positivas, que nos trasladan por los contornos de la *katábasis* lingüística a las últimas develaciones del mundo, o que nos reabren en el seno mismo de la *katábasis* las refulgencias insólitas de un hombre entretejido en las escalas combinatorias de un universo, ya transido por un *alma* que *ilumina* con otra organicidad las correspondencias entitativas o evanescentes.

De las profundidades negativas por las que se hunde en realidad el mundo antiguo de Roma, la sacra romanidad de una misteriosa penumbra dispensadora y ordenadora del viejo latín, podríamos mencionar dos. En *parabola*>palabra se inaugura la construcción sonora que presume ya de un dominio, y que será en definitiva eso, *dominio. Homo potens verborum* trámite para el *homo potens rerum.* En *parabola*>palabra acontece la muerte numinosa del mundo, que pasa a configurar no la densidad óntica de lo que es, sino la combinación fugaz de lo que acontece como *caussa*>cosa. *Palabra* y *cosa* denotarían idéntico receso de la plenitud fundante y comunicante, idéntico repliegue de aquellas virtudes romanas que exhiben la seguridad y justicia del mundo, inmune a una erosión inmisericorde. La construcción sonora del dominio por la cosa, *parabola* que contrasta, pero no entraña, palabra que transcurre en el segundo plano de la *collatio,* en su propia energía de confrontación; y la muerte numinosa de la sacralidad romana serían dos centros espirituales de vastas resonancias en la romanicidad. Entenderíamos por aquí ciertos caracteres específicos de tal emersión, y precisaríamos la tendencia de la filiación lingüística a desembozar y reordenar una verdadera mutación. Desde luego conviven con tales trasfondos otro sentimiento del espacio cósmico-telúrico, otro tono en el vínculo hombre-mundo, otra perspectiva de contraste y referencia, que implica otra figura del mundo y por ende otra sintaxis, otra recepción de los intervalos constitutivos que se sienten como cimientos invisibles pero operantes, y por lo mismo otro fraseo, otra pausa, otro reposo o aliento de apertura y despliegue; en fin, el tramado y misterioso abismo o repliegue de otro oído que desoculta el mundo de otra manera y produce verdaderas catástrofes morfológicas, flexionales, fonéticas, etc. El oído romano y el oído románico difieren profundamente y esta diferencia, de difícil medición por supuesto, radica en las profundidades mismas de la existencia de *verbum,* sin perduración ni descendencia, y la existencia de *parabola*>palabra que empieza siendo otro horizonte sonoro para las densidades ónticas, presentes antes en *verbum-res.*

De las profundidades valiosas y suscitantes con la fuerza de una dispensación que entreabre y devela, podríamos destacar igualmente dos. La primera se refiere a las tensiones extremadamente psíquicas de una interioridad renovada y cambiada, como un continente absolutamente nuevo desde donde la lumbre del mundo se hace coparticipación del alma, y el itinerario del alma despliegue de otros penetrales del mundo. Estas profundidades psíquicas no sólo convienen a la coyuntura lingüística que reparte dos territorios, romano y románico, sino que parece desocultar antiguas energías dormidas en el latín. Por eso tales profundidades coexistirían en la palabra románica y en muchísimos contrafuertes del latín medieval según una compleja configuración mundana y religiosa (sobre todo de carácter cultual), donde el cristianismo y la Iglesia deciden contenidos inconfundibles.

La segunda en cambio comportaría lo que Theodor Haecker ha llamado *métaphysique du sentiment* [29], o sea una inclusión del mundo en la recóndita vibración que la interioridad devuelve hecha palabras y acciones o interacciones. Esta segunda connotación positiva (que impregna también, como dije, todo el latín medieval) es el resultado de la *parabola*: ella propone escalas insólitas, porque reordena el vínculo hombre-mundo desde la interioridad velada o suscitante,

Las consecuencias de estas dos dimensiones románicas, o del deslinde románico, a saber, profundidades psíquicas exploratorias y beatitudes o infiernos anímicos en ciclos inexhaustos de incalculables efectos mundanos, corresponden a los orígenes de las lenguas románicas, de sus expresiones literarias, de su innovación en el soplo sonoro, en la palabra. Mejor dicho, "palabra" es eso, la recepción interior de tales profundidades destinadas a cambiar el rostro del mundo.

Hemos llegado a confrontaciones nítidas que precisan algunos rasgos de la especificidad románica, coherente con la *latinitas* originaria, deslindada de la especificidad histórica de la lengua romana. El brevísimo territorio lingüístico elegido —*verbum* y *res,* por un lado; palabra y cosa, por otro lado— no

[29] Th. Haecker, *Métaphysique du sentiment.* Texte français de Armel Guerne, Desclée, París 1953, en particular pp. 37/ss. Lo que Haecker coloca como detalle decisivo en la disputa dogmática del siglo XVI, a saber, no la disputa intelectual propiamente dicha, sino el "sentimiento diferente", la manera diferente de sentir, podríamos trasbordarlo al deslinde romano-románico. Hay un sentimiento romano del mundo, que reabre su patencia en *verbum-res,* hay un sentimiento románico que se forja en las conmociones lingüísticas, un camino de autopatencia en las raíces de *palabra-cosa.*

puede pretender, claro está, conclusiones exhaustivas; pero tampoco consiente ser excluido del curso fundamental, característico en un análisis histórico. La reasunción de estas exigencias que trascienden los datos de la investigación positiva, que la ilustran con un propósito de claridad humanística o que la integran en comprensión de totalidades fundantes, propondría reexaminar "lengua y cultura de Roma", y "lengua y cultura Románicas" según la impronta de los centros semánticos, sugeridos por lo que he llamado trasiego del género en la especificidad. Tendríamos además en el caso de este deslinde específico, romanidad y romanicidad, la zona más diáfana para estudiar el advenimiento de un *sensus* lingüístico, independiente de la materia elemental que lo conlleva y lo hace momento de proferición.

Recapitulemos pues nuestro itinerario para cerrar este ensayo, que sólo pretende repensar la temática aducida. La lengua de Roma decide el rumbo significante en la misteriosa resonancia de *verbum,* que prefigura las honduras de un soplo sonoro, transido ya de las profundidades divinas; y en la no menos misteriosa fundación concomitante de *res,* que nos remite por su parte a la patencia del ser en Roma. ¿Cómo sintieron los romanos estas dos virtudes semánticas respecto de otras coordenadas de su lengua, respecto de su activo mundo de confrontaciones vigorosas? ¿Cuándo se extinguió ese sentimiento y se replegaron las coyunturas y trasiegos semánticos congruentes?

El hombre románico convive otras profundidades, inhabita el mundo al mentarlo de otro modo, y a él lo colma el mundo con otras tensiones desconocidas para el romano. Palabra y cosa, dos vocablos de historia perfectamente mensurable, nos trasladan a esas profundidades, donde nos sorprende una penumbra de *katábasis,* una ilustración del *Sinn* lingüístico que es innovante en todos sus rumbos. *Verbum-res* corresponden a la especificidad romana; *palabra-cosa,* a la especificidad románica. De esto no cabe duda alguna. Pero esa congruencia plantea un nuevo interrogante: ¿sigue vigente en las áreas románicas la instancia espiritual diseñada en nuestra interpretación; se prolonga históricamente o debemos hablar de otras reasunciones innovantes, como aquéllas del fin de Roma? En ese caso ¿puede advenir una nueva especificidad en el territorio lingüístico?